

AURA Y EXPERIENCIA EN WALTER BENJAMIN

Nora Del Valle
Analía Geymonat

Cuando la Eternidad se mueve la llamamos tiempo.
Platón

Acceder a la obra de Walter Benjamin mueve a preguntarnos sobre el uso que aura y experiencia adquieren, en el contexto del filósofo, en tanto categorías de análisis del Materialismo Histórico. Por medio de sus ensayos, se evidencia una mirada crítica que abreva no sólo en el carácter estético de la obra de arte sino que inscribe relaciones significativamente dinámicas y verdaderas en el campo sociológico, epistemológico y político. Estas relaciones observables en el proceso de construcción de conocimiento de la realidad son recorridos posibles que asumimos al pensar a aura como experiencia.

En su trabajo *Sobre la Percepción*, (Benjamin,1934), experiencia y conocimiento de experiencia se reconocen en una misma territorialidad puesto que conocimiento de experiencia es un contexto de conocimiento y la experiencia pone en diálogo el acto de conocer y comunicar el conocimiento elaborado por el sujeto cognoscente en cuyo orden interno (Thompson,1978) se operan cambios cualitativos que son comunicables oralmente .

Ahora bien, esa posibilidad de comunicar que abre la experiencia es explicada por Benjamin en términos de una filosofía del lenguaje que inscribiría así una nueva estructura de la experiencia, la que nos revela su comportamiento filosófico-simbólico.

Ya el narrador, juglar, cronista en condiciones de producción, previas al Modo de Producción Capitalista, había desarrollado prácticas comunicacionales artesanales, que a partir del positivismo pierden su condición ontologizante. La oralidad, forma artesanal de comunicación de la experiencia, no se propone transmitir como el documento escrito, el asunto en sí, el comunicador, forma parte de la experiencia que narra, sumerge en su propia vida la cuestión que comunica. Por tanto, hay aquí un doble valor de experiencia; la experiencia que se comunica y la práctica comunicacional como experiencia ontologizante, porque construye conocimiento en acción dialógica.

Si “conocer significa ser en el ser del conocimiento“, para Benjamin, esto se torna experiencia comunicable en virtud de la posesión de un lenguaje (concepto simbólico sistemático). De manera que, cuando Edward P. Thompson advierte sobre la validez y efectividad de la experiencia, lo hace con atención a su consolidación dentro de ciertos límites. Esos límites que enmarcan la experiencia no van en desmedro de la riqueza de su comunicatividad en el diálogo.

Sabemos que la Nueva Escuela Histórica Británica emprende la búsqueda superadora de la experiencia empobrecida de la modernidad, precisamente porque el sujeto histórico se ontologiza en el proceso consciente del trabajo o trabajo no reificado y transformador, y pasa a ser en palabras de Benjamin un sujeto redimido: “(...) sólo para la humanidad redimida se ha hecho su pasado estable en cada uno de sus momentos” (Benjamín, 1940). Nos está diciendo que la fuerza mesiánica que redime el pasado y recupera su huella, movilizándolo la experiencia interna y externa, es el aura.

Y puesto que es posible dejar huella mediante la experiencia, es ésta una acción vital y necesaria que se afirmará en ese sujeto ya definido por Thompson, sujeto facilitador del cambio histórico, que tiene necesidad de liberar a la experiencia del empobrecimiento obrado en la pos Primera Gran Guerra del siglo XX (Benjamín, 1933) que inicia un proceso de profundización de las condiciones de producción actuantes.

El narrador, cronista, que comunica la experiencia expone un saber como consejo, “El consejo es sabiduría entretejida con materiales de la vida vivida” (Benjamin 1936), por tanto es conocimiento de sí, conocimiento de experiencia que incluye un proceso de ontologización, de transformación del sujeto histórico que es transmisible oralmente.

El narrador actúa como un catalizador del proceso de ontologización de las clases subalternas. El consejo no es tanto una respuesta a una cuestión, cuanto una propuesta referida a la continuación de una historia en curso, una propuesta a la pregunta sobre qué hacer. Eso permite continuidad en el proceso de transformación del sujeto histórico por medio de la práctica comunicacional y también permite continuidad del proceso histórico en sí.

La experiencia, así pensada, instaura la épica del sujeto histórico del materialismo histórico, la épica del proletariado. El cronista presenta los hechos como muestras del curso del mundo. Está dominado por el interés de conservar lo narrado; intenta conservar la posibilidad de la reproducción, difusión del conocimiento.

Para Benjamin, el sujeto histórico es un sujeto creador, un constructor que procede desde lo interno: interior no es interioridad, nos advierte. La condición de posibilidad de reproducción del conocimiento de experiencia es la memoria; *memosyne* fue para los griegos la musa de la épica (Benjamín, 1936). El recuerdo funda la cadena de tradición, se encarna en el narrador, quien genera una red compuesta por todas las historias, memoria épica, memoria de experiencia (Benjamín, 1936).

El narrador opera en su oyente mediante un proceso, en acción dialógica que Benjamin considera como un “estar en escucha”, que se parece al estado de aburrimiento combatido frontalmente en el pensamiento de la modernidad, que ha encendido los carteles de “Prohibido aburrirse”. Desaparece así la comunidad de los que tienen el oído atento, cuanto más olvidado de sí está el escucha, tanto más impregna su memoria de lo oído. Esta pérdida pone en descrédito el valor de la oralidad como fuente para la historia.

El hombre contemporáneo ya no trabaja en lo que no es abreviable; esto es negarse al conocimiento de experiencia. La necesidad de abreviar marca una relación del hombre con su propia experiencia que se simplifica en resultados y esto es lo que el hombre contemporáneo trasmite. Así se aparta de las categorías de conocimiento propias de la tradición oral, las que se expresan en el concepto aura: Tradición, cultura, vida total vivida, tiempo.

La velocidad ha sustituido a la verdad, y eso aparta al sujeto histórico de la tradición oral. El sentimiento de la propia eternidad ha apartado al hombre del acto de la muerte, piensa Benjamín, y lo lleva a la negación de la comunicabilidad de la experiencia como posibilidad de la continuidad.

Esta pérdida supone una atrofia en el valor del trabajo como proceso ontologizador. También entraña la imposibilidad de discriminar el trabajo reificado, verificar el interés de emancipación del sujeto cognoscente y el alcance emancipativo y, por tanto, transformador de la reflexión en actitud dialógica.

El aura es misterio y, como categoría de análisis, insta a la búsqueda y moviliza al servicio de la lucha o del trabajo, es una experiencia que se conquista en la laboriosidad “no en el oro” (Benjamín, 1933). Porque no olvidemos que el sujeto histórico es la clase que lucha (Benjamín, 1940) y esa lucha es la que posibilita lo que el autor llama “el instante de peligro”, arrancar la tradición del conformismo que la subyuga, pues su idea de tradición repara en algo vivo y cambiante, pero no por ello menos único.

De ese modo, la necesidad del hombre de apropiarse de los objetos en la más próxima de las cercanías, que es la imagen en su reproducción, considera, lo aleja del conocimiento. En cambio, aura es unicidad, de ella no hay copia porque está ligada al aquí y ahora, y esto habilita otro engranaje. El aura no sólo como categoría de construcción de conocimiento, sino aura como categoría de tiempo. Ya que la mirada de asombro del historiador hacia el pasado es la de un sujeto que ve todos los momentos en un único instante. Claro, Benjamin anuncia que la historia se construye en un “tiempo-ahora” que transforma al historiador.

El historiador del arte, al dialogar con ese pasado, es consciente que la vida de una época se detiene en la obra que redime la tradición por su aura y lo hace en un presente que llama “tiempo-ahora”.

En suma, Benjamin afirma la historia como *continuum*, el principio constructivo en la historiografía materialista, por lo tanto es un tiempo no aditivo ni homogéneo, sino que dialoga con el acontecimiento único del pasado. La detención del *continuum* de la historia no representa un corte estático (Thompson,1978). Se anuncia como una espacialidad saturada de tensiones. La validez y autenticidad de la experiencia histórica radica en su distancia y unicidad: es un acontecimiento único y, en ese mismo sentido es el aura la que deviene como “manifestación irrepetible de una lejanía” (Benjamín,1936).

Carlos Fuentes: ¿lector de Walter Benjamin? (Aura como categoría de tiempo)

Continuando con el abordaje hermenéutico de las fuentes, hemos considerado titular bajo la forma interrogativa este punto de nuestro trabajo. Es que pensamos que Carlos Fuentes –sociólogo y escritor latinoamericano– deja oír su propia voz mediante la narrativa, pero sólo para descubrirnos otros empalmes temporales (voces), que en sus obras marcan presencia en el modo de nombrar a sus personajes-otros (otros porque son entidades existentes que abren el diálogo con otras realidades, que materializan), en la multiplicación de los espacios y de la arquitectura, espacios que permiten recuperar la tradición por medio de una relación aurática, por mediación de la experiencia como categoría de construcción de conocimiento, por tanto, por medio del sujeto histórico.

Esto en la multiplicidad de silencios y voces que conjuran el tiempo, un tiempo que elegimos calificar como facilitador de procesos ontológicos, pues en el mismo proceso de búsqueda del historiador en diálogo con las fuentes del pasado, su praxis profesional concreta, logra su propia ontologización.

Fuentes reúne en dos volúmenes titulados *El mal del Tiempo*, sus pequeñas novelas. Nuestra atención estuvo centrada en el primero de ellos, de donde procede la *nouvelle Aura* que escribió en el año 1961, el mismo día en que Jruschov anunciaba en Moscú su plan de desarrollo de 20 años, en el mismo tiempo que Francia se desprendía de Argelia, y todo ello, percibía Fuentes, se reflejaba en los espejos de París. *Nouvelle*

cuyas resonancias ínter textuales nos han guiado pacientemente hasta una instancia de diálogo con la obra de Walter Benjamin.

Es así que intentamos transitar un camino de encuentro entre aura y experiencia que entendemos son categorías de análisis que existen en la realidad material. De manera tal que en lo sucesivo nos proponemos observar cómo se comportan esas categorías a fin de enriquecer y esclarecer un diálogo posible en estos términos: Carlos Fuentes, ¿lector de Benjamin?.

El mismo Carlos Fuentes afirma que ha concedido a sus obras narrativas el derecho de organizarse “en un solo ciclo de acentos diversos, espirales, círculos y retornos”, y uno se ve tentado por esta escritura de la temporalidad a pensar otras cuestiones ligadas al aura como categoría del tiempo, emergente en los diálogos intertextuales de Fuentes y también de Benjamin. Puesto que si para el primero “todo sucede hoy, el pasado es la memoria hoy, el futuro es el deseo hoy” (Fuentes. 1961) el autor de tantos ensayos labrados en la pos Primera Guerra Mundial, converge con la mirada de Carlos Fuentes al presentarnos como principio constructivo de la historiografía materialista una idea de “tiempo-ahora” que captura el pasado en un único acontecimiento.

Cuando leemos *Aura* participamos de algo más que la fascinación por una historia dialéctica y exquisitamente narrada. Esta obra esconde la relación amorosa entre el historiador y su praxis. Su amor por el presente (la figura de Consuelo), el pasado (la coneja cuyo nombre es Saga), la tradición (Aura) y esa casa que el historiador (Felipe Montero) recorre continuamente como la propia territorialidad de la Historia (su objeto de estudio), se abren a una interpretación que reclama un análisis exhaustivo.

“Miras rápidamente de la tía a la sobrina y de la sobrina a la tía, pero la señora Consuelo, en ese instante, detiene todo movimiento y, al mismo tiempo, Aura deja el cuchillo sobre el plato y permanece inmóvil y tú recuerdas que, una fracción de segundos antes, la señora Consuelo hizo lo mismo” (Fuentes, 1961).

Aquí asistimos como espectadores al “instante de peligro” (Benjamin, 1940) que conmociona la tradición y obliga al historiador / lector a ver todos los momentos en un único instante.

Lo que vemos agitarse, entonces, es la conciencia del historiador en el proceso de recuperación de la experiencia del pasado, a través del aura como una huella que emerge por doquier (multiplicada en los espejos de Fuentes) con fuerza de redención, parafraseando a Benjamin.

Ese pasado sobre el que proyecta luz Carlos Fuentes o Felipe Montero o Edward P. Thompson o nosotros mismos –en nuestra labor hermenéutica– está presente en el diálogo con las fuentes de la historia que lo actualizan. Es un encuentro con las fuentes en diálogo dialéctico. Thompson, nos dirá, ese conocimiento verdadero, provisional, limitado y restringido por las condiciones de producción del modo de producción capitalista, pero no por ello menos cierto, se abre al historiador para que éste asuma ese diálogo como acción ontologizante de la relación entre su ser pensado y su pensamiento vivido.

Valernos de la conjunción tiene además el propósito de poner alternativamente la mirada en cada una de las fuentes nombradas, por mediación del diálogo. Decir, entonces, Fuentes o Montero o Thompson o nosotros es posible si entendemos que el autor de *Aura* procede a través del recurso moderno de “mise-in-abisme”, un juego especular que anuncia un ejercicio en cascada de lecturas en las que vemos y somos

vistos. El mismo Thompson, en este sentido, recuperaba experiencia como exploración abierta del mundo y de nosotros mismos (Thompson, 1978). Esto es pensar que la comprensión del carácter epistemológico de la creación de la categoría experiencia nos sitúa frente a la importancia del sujeto como hacedor de historia. Construir a partir del sujeto histórico el concepto de diálogo en el proceso de conocimiento. Proceso como praxis emancipadora que le permite al lector de Carlos Fuentes sorprenderse frente al posicionamiento crítico que asume Felipe Montero –el historiador– cuando “(...) esperas el autobús enciendes un cigarrillo repites en silencio las fechas que debes memorizar para que esos niños amodorrados te respeten” (Fuentes, 1961) a través del presente del indicativo el tú del personaje tuteado, todos somos interpelados y nuestro posicionamiento ya es el del otro.

El acontecimiento definido es también la circunstancia propia, la de nosotros como historiadores, en las restricciones impuestas por el modo de producción. Entonces, Fuentes sentencia comentándose a sí mismo que ella (Aura) “era otra, fue otra, no la que será sino la que, siempre, está siendo” (Fuentes). Es el flujo continuo y permanente de la historia, en cuya territorialidad estamos siendo mientras producimos en nuestra praxis profesional concreta. Porque entendemos que este sujeto se auto conoce en la praxis mediante el trabajo que lo libera y transforma .

Felipe Montero, es la excusa que el autor de *Aura* encuentra para emparejarnos como lectores con su circunstancia, en el primer contacto con su objeto de estudio: “siempre has creído que en el viejo centro de la ciudad no vive nadie. Pero allí está el viejo palacio colonial con las nomenclaturas identificatorias de la casa, que han sido revisadas, superpuestas y confundidas” (Fuentes, 1961). Es decir, la operación dialéctica que obra Carlos Fuentes por medio de la situacionalidad de Montero, en su oficio de historiador, en su praxis, “(...) revisa todo el día los papeles pasando en limpio los párrafos que piensa retener, redactando los que parecen débiles, fumando cigarrillo tras cigarrillo y reflexionando que debe espaciar su trabajo para que la canonjita se prolongue lo más posible” (Fuentes, 1961). Le conmina a la búsqueda de pequeñas certezas, un conocimiento verdadero que recupera en espejos, fotos, papeles en un baúl, miradas y guiños históricos.

Entretanto, Montero produce su propia ontologización, alentado por la pluma de Fuentes “si el precio de tu futura libertad es aceptar las manías de esta anciana puedes pagarlo sin dificultad” (Fuentes, 1961). Ese hoy como instante de perturbación del cual “(...) ya no es posible distinguir el paso de los años, ese hoy que hace tiempo pasó esa frontera “ (Fuentes, 1961). Es el aquí y ahora de la modernidad cuyas claves son las puertas sin cerraduras de la escritura de Fuentes, que en su condición de ingravidez, se desvanecen al solo contacto, para que “entremos” a la historia gestionando ese acceso a través de un diálogo dialógico.

El acceso a la historia está marcado por el presente; es Consuelo quien guía a Montero hacia la profundidad de la casa. No es posible otra puerta, el presente plantea al historiador el contexto de conocimiento las condiciones de producción, pero también le ordena “(...) usted aprenderá a redactar en el estilo de mi esposo” (Fuentes, 1961) conminándolo a la aprehensión del pasado, en una invitación a la actitud hermenéutica. El diálogo entre el historiador y su objeto se mediatiza por las condiciones del presente que le facilita las llaves del baúl de las fuentes, “(...) confío en usted” (Fuentes, 1961) posibilitándole esa relación que le permite decir a Monteros: “(...) apretaré la narración difusa de los hechos pasados”, “(...) nada que no hayan contado otros” (Fuentes, 1961).

Aura como categoría de tiempo es también esa puerta sin cerradura destinada a recuperar la figura del narrador y, a través de este, la tradición. El *Aura* tiene por

misión ser testificadora única de lo histórico, de manera tal que su pérdida provocará la conmoción de la tradición y el descentramiento del sujeto histórico . La pérdida del aura es la pérdida de la experiencia y del valor del trabajo (por ende, de la posibilidad de conocer).

Conocer no es otra cosa que dialogar y penetrar por medio de la experiencia histórica, porque “(...) lo que queda por hacer es interrogar los silencios reales mediante el diálogo del conocimiento. (...) Nacer de una comprensión de la naturaleza provisional y exploratoria de toda teoría y del carácter abierto con que uno debe abordar todo conocimiento” (Thompson, 1978).

Luego, memoria y recuerdo son agentes activos que la épica del sujeto histórico definido por Benjamin (1936) imprime en la experiencia: la épica del proletariado.

Si “(...) el tiempo se me ha vuelto tan ancho como algunas premoniciones, tan estrecho como ciertos recuerdos” (Fuentes, 1961) palpita una sospecha: aura es una categoría del tiempo facilitador del proceso de ontologización, en donde se advierte que, en su praxis, el historiador, “(...) para entender –dice Fuentes– primero debe recordar”, esto es, asumir este encuentro con las fuentes de la Historia en actitud dialógica.

“Lo que verdaderamente existe: este tiempo y este espacio que empiezo a sospechar exigentes, no porque sean totales, sino porque apenas balbucean, para mí, su primera necesidad de ser” (Fuentes, 1961). Si Fuentes es capaz de expresar la relación aurática con el conocimiento verdadero (en términos dialécticos) es porque como ya nos preanunciaba Thompson, lo que resta por emprender es la interrogación de los silencios reales del continuum histórico, para que no sólo “balbuceen” como afirma certeramente el autor de *Aura*, sino que se consoliden necesaria y vitalmente, en el ser del conocimiento.

Bibliografía

- BENJAMÍN, Walter: *El autor como productor*, 1934, s.d.
 BENJAMÍN, Walter: *Experiencia y Pobreza*, 1933, s.d.
 BENJAMÍN, Walter: *La Obra de Arte en la época de su reproductividad técnica*, 1936, s.d..
 BENJAMÍN, Walter: *Sobre el programa de la filosofía venidera*, 1918, s.d..
 BENJAMÍN, Walter: *Sobre la Percepción*, 1934, s.d..
 BENJAMÍN, Walter: Tesis de Filosofía de la Historia, 1959, s.d.
 BENJAMIN, Walter: *El Narrador*, 1936, s.d..
 FUENTES, Carlos: *Aura*, 1961, s.d..
 HABERMAS, Jurgen: *Conocimiento e Interés*, 1968, s.d..
 LUKACS, Gyorgy: *Ontología del ser social*, 1984, s.d..
 THOMPSON, Edward P.: *Miseria de la Teoría*, 1978, s.d..